

COMENTARIOS

JOAQUIN COSTA Y EL PAIS ILERGETE

HALLANDOME una noche de julio bajo los rayos de un plenilunio, frente al bronce que en Graus representa a Joaquín Costa, acudieron a mi mente evocadores recuerdos relacionados con la figura gigante del león grausino.

Ante mí aparecía, asentado sobre un trono de piedra que nos recordaba épocas pretéritas la broncea figura, con largas barbas y con vestiduras de corte clásico, que nos sugerían en nuestra calenturienta imaginación la imagen de un druida, investido de la magistratura romana que desde aquel lugar dictaba sus leyes eternas a los pueblos ilergetes y pirenaicos. Me recordaba la larga visión de la estatua la figura de un celta, tal era su aspecto físico, un druida, que dictaba leyes a un pueblo romanizado, como guía y patrón, con las ropas típicas y simbólicas de la magistratura romana.

El artífice que nos ha dejado representado en la conjunción de las aguas pirenaicas del Esera de Benasque y del Isábena de Roda, al Costa que en figura vivirá para los siglos venideros bajo la apariencia de magistrado o legislador de los pueblos hispánicos primitivos que, desplazado a otra época, enseña los principios y fundamentos de un pueblo milenario que no se conocía a sí mismo y que él, dentro de su éxtasis salvaje, intentó hacerle mirar hacia su remoto origen.

Analizando la obra de Costa, tenemos la impresión de que en muchos momentos su autor vivía desplazado veinte siglos hacia atrás. Creemos que él hubiera querido vivir aquella época, hubiera querido hablar la lengua vernácula, habría querido adorar aquellas divinidades y su ferviente deseo le extraviaba de la realidad del momento, de forma que a instantes creía que vivía quince o veinte siglos atrás o que era un longevo humano nacido y desarrollado en dichos tiempos, que había despertado de un largo letargo a últimos del siglo XIX de la cristiandad.

No obstante el complejo de antigüedad que le dominaba, en muchas fases de su vida, apreciamos en otras de las obras de su dinámica y polifacética vida, un realismo formidable y una acertada visión de las

necesidades del desarrollo y progreso de su país y pueblo, que en ciertos aspectos le convirtió en un precursor imaginativo de lo que el poder de la vida moderna ha hecho después realidad. Así, si en unos momentos Costa vivía con quince o veinte siglos de retraso, en otros llevaba años de ventaja a la visión general de sus coetáneos.

Aun cuando es nacido en Aragón, cerca de los confines catalanes, dentro del amor que a su región tuvo siempre ante todo se consideró español, miembro de la gran comunidad de pueblos hispanos, cuya antigüedad y origen fué la mayor obsesión y preocupación de su vida, ya que creyendo conocer a los antiguos, comprendería la manera de proceder de los actuales.

Analizaremos, entre los varios aspectos que nos presenta el polígrafo, el conocimiento que a través de su obra nos ha mostrado del país ilergete en la antigüedad, el país en que nació y se crió y al que siempre mantuvo especial afición y adoración. Este es el objetivo de nuestro humilde comentario.

Entre otras obras sobre la antigüedad hispana, sobre la religión, derecho, costumbres y geografía de los primitivos españoles, escribió Costa las siguientes: *Colectivismo agrario en España*, *Estudios ibéricos*, *Mitología y literatura cello-hispanas*, *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*, *La religión de los celtíberos* y la novela histórica *Ultimo día del paganismo y primero de... lo mismo*. Esta última fué su obra póstuma; es en cierta forma la condensación de su pensamiento histórico explanado en las otras obras citadas y es precisamente, entre toda su labor, el trabajo que más atención dedica al país ilergete, aspecto sobre el cual queremos ahora insistir. En otras obras, Costa hace referencias accidentales a instituciones jurídicas, dioses y hechos de la antigüedad de los pueblos ilergetes y pirenaicos. Todo lo condensa en su obra póstuma e inacabada, cuyo comentario intentamos hacer.

Supone la existencia de un imaginario español romanizado, que sitúa a últimos del siglo IV de nuestra era, apodado Numisio, rico propietario rural, íntimo amigo del español Teodosio, más adelante emperador de los romanos. Costa nos lo presenta como un descendiente del español romanizado Sexto Pomponio, citado por Plinio en el siglo I. Desde Sexto Pomponio a Numisio, estaba un llamado Octomerio, que según códigos medievales era el padre de la mártir zaragozana santa Engracia, a la vez régulo lusitano o celtibérico. Numisio tenía su solar directo en Nertobriga, acaso la actual Calatorao, cerca de Zaragoza y a orillas del Jalón, sobre la vía romana. Después de la educación en Roma, al lado de Avieno y otros filósofos y geógrafos enamorados del paganismo y de la antigüedad de Roma, casó con la llamada Siricia Natalis, descendiente de un régulo ilergete y dueña de un extenso patrimonio

llamado *Turnovas* a ambas orillas del Segre, en gran extensión entre Ilerda y la actual situación de Balaguer. El centro del patrimonio de *Turnovas* era *Beliasca*, situada en una eminencia en la confluencia del Segre y Ribagorzana, acaso en la actual situación de Corbins. Pasaba por *Beliasca* la vía secundaria de *Ilerda* a *Aeso* (Isona). Todo esto según la descripción de Costa, que atribuye el nombre de Piñana, lugar cerca de Alfarrás, a orillas del Ribagorzana, límite de Aragón y Cataluña, al nombre de *Pinianus*, señor territorial cuyo patrimonio confinaba con el de Numisio. Costa saca tal nombre de un *Pinianus* que aparece en las vidas de santos como pariente de santa Melania.

Por tanto, los términos *Beliasca*, *Turnovas* y *Pinianus* creemos que hay que tomarlos por frutos de la imaginación del autor, que en un hábil aprovechamiento de nombres y hechos de la época, suplementados por su imaginación, fundamenta toda la trama de su novela histórica. A sus protagonistas ideales, Numisio y Pinianus, les atribuye la dedicación a la industria del vidrio y la construcción de grandes canales y obras de riego, con el pensamiento puesto en grandes obras hidráulicas, frutos de esta época y cuya ejecución bullía en la mente de Joaquín Costa. No obstante, es muy fácil que por el lugar en que sitúa *Beliasca*, en el actual Corbins, pasara la vía secundaria que unía a *Ilerda* con *Aeso*, la actual Isona, cercana a Tremp, en el país de los lacetanos, y que siguiendo por el Noguera se dirigía a los altos valles pirenaicos. Se han encontrado restos de esta vía modernamente en las cercanías de Lérida y acaso en el puerto de Ager. Precisamente a principios de este siglo, se publicó un trabajo dando cuenta del descubrimiento de las ruinas de un importante monumento funerario romano cerca de Corbins. Sin duda Costa no tuvo noticia de ello, ya que lo hubiera aprovechado para su trabajo, así como las estaciones ibéricas de las cercanías de Corbins y Roselló, de las que aun ahora tenemos muy vagas referencias.

Al describir los viajes de Numisio, nos hace Joaquín Costa gala de sus conocimientos sobre la geografía itineraria romana en la región ilergete. Nos habla de la vía directa que unía a *Caesaraugusta* con *Ilerda*, que a través de los Monegros iba a parar al Cinca «debajo de Fraga, hacia Nuestra Señora del Escarpe». Habla de aquel lugar como el en que César en su batalla con los pompeyanos Afranio y Petreyo había sangrado la corriente para sus fines bélicos. Creemos que en tal aspecto lleva Costa cierta desorientación, ya que César en dicho lugar no hizo ninguna obra hidráulica a lo que resulta de su narración de la batalla de Ilerda.

Asimismo nos identifica a las mansiones de *Tolous* con Monzón, *Burtina* con Almudébar y *Pertusa* con Pertusa. En tales atribuciones

creemos que no va desencaminado, ya que las modernas investigaciones parecen confirmarlo. Asimismo, a nuestro juicio erróneamente, identifica a Fraga con la *Gallica Flavia* de que nos habla Claudio Ptolomeo.

Supone en *Beliasca*, su imaginaria ciudad, la existencia de un mausoleo para la esposa del protagonista. Dicho mausoleo, que su imaginación ha situado en los campos que rodean a Corbins, donde se alzaba una villa que describe según la narración de Marcial, se parece extraordinariamente en su basamento y forma con el que se ha hallado en Corbins. Seguramente Costa ignoraba la existencia de tales ruinas y ha dado la casualidad que en el lugar en que él sitúa el imaginario mausoleo de Natalia Siricia, se han hallado realmente los restos de uno parecido a su descripción.

Costa en su fantasía nos lleva a una visita de los grandes escritores cristianos Paulino y Prudencio a la villa de Numisio en *Beliasca*, donde sitúa un santuario a orillas del Segre, dedicado a las divinidades paganas *Gargoris* y *Ataecina*, con estatuas de ambas, con unos caracteres ibéricos a su pie, dando el nombre de cada una. Costa considera a tales divinidades de origen tartésio e identifica la divinidad ibérica *Ataecina* con la Proserpina romana y con el culto oriental a la *Luna Augusta*. Precisamente Costa debía ignorar que unas lápidas romanas halladas en Isona, la lacetana *Aeso*, no lejana a *Beliasca*, llevan unas dedicatorias votivas a la *Luna Augusta*. Nos representa a Paulino de Nola y Prudencio contemplando el culto y danzas sagradas que los rústicos del lugar consagraban a *Gargoris* y *Ataecina*, ante el indignado asombro de los dos padres cristianos y la indiferencia del protagonista, que considera a sus siervos muy apegados a las tradiciones paganas y que no entendían la nueva doctrina, confundiendo a las divinidades gentiles con las personas y santos del cristianismo. Nos hace en dicha época gentil a toda la población de las orillas del Segre, siendo únicamente cristianos los habitantes de ciudades, el elemento oficial y las personas de cierta posición. El campo continuaba apegado a sus antiguas divinidades.

Al final nos habla asimismo de la *Ilerda* arrasada por los francos de que nos hacen referencia los versos de Ausonio; del Ribagorzana y sus orillas, al que da la hipotética denominación romana de *Curtia*, de *Octogesa* (Ribarroja o Mequinenza), a la que considera destruida y arrasada como a *Ilerda*, ciudad bilingüe, de la que *Gallica Flavia* (Fraga) era subsidiaria. No obstante sitúa a *Gallica Flavia* no en Fraga mismo, sino en la confluencia del Segre y el Cinca, en el lugar llamado de Escarpe, donde Carreras Candi situaba a la lacetana *Ceresus*.

Al lado de las divinidades tartésicas o ibéricas que nos pone entre aquellos ilergetes, nos habla de los santos y mártires ilergetes, entre

otros al oscense *Laurentius* o san Lorenzo y a algún obispo de Ilerda, cuyo nombre es conocido únicamente a través de los antiguos textos y vidas de santos.

Para la época en que vivió, da Joaquín Costa, a través de esta obra, prueba de un conocimiento bastante completo de la geografía y costumbres de los antiguos ilergetes, que habitaban las tierras desde el Urgel hasta Huesca, en las estribaciones pirenaicas y a orillas del Ebro. Es más completa la erudición de Costa en el conocimiento de la religión y manera de vivir de aquellas gentes, aun cuando sus conocimientos son los generales a toda España, que él intenta particularizar en el país ilergete.

Con los conocimientos geográficos que en la actualidad poseemos sobre la geografía del país ilergete, tanto por citas clásicas, como a través de lápidas romanas, como a través de la ciencia arqueológica, hubiera podido Costa hacer una obra mucho más completa y adaptada a la realidad. No obstante, en la época en que vivió podía contar con más elementos históricos sobre la antigüedad del país ilergete que los que ha utilizado en realidad. No nos cita las mansiones de *Mendiculeia* y *Caum*, situadas en la vía entre *Osca* e *Ilerda*, y hasta es raro que no nos hable de *Labitolosa*, la ciudad o villa romana que se supone situada en Puebla de Castro, a doce kilómetros de Graus, lugar de origen de Joaquín Costa, donde se hallaron lápidas romanas, una de ellas con la dedicatoria de los *cives Labitolosani* a su protector o patrono. Tampoco emplea las atribuciones que a Balaguer como *Bargusia* y a Aytona como *Aetosca* hacían los escritores del siglo XIX. En total, que tenía a su mano más materiales históricos de los que ha utilizado.

Si la novela histórica *Ultimo día del paganismo y primero de... lo mismo* hubiera sido escrita por Costa en nuestros días, se hubieran podido utilizar los nombres que conocemos a través de los epígrafes de las lápidas de Monte Cillas en Coscojuela de Fantova, sobre una comunidad cristiana del siglo IV o V, que nos dan a conocer a *Barbotum* o Barbastro, *Boletania* o Boltaña y a *Fibullaria* o Loarre, esta última en patronímico, citada en una lápida del siglo III aparecida en la estación del ferrocarril en Lérida.

Asimismo hubiera dedicado, de conocerlo, especial atención al poblado de Castellason, en Tamarite, localidad que hubiera puesto como acrópolis y fortaleza principal de los ilergetes. Los santuarios rupestres de dicho poblado hubieran sido estudiados y tenidos en cuenta en todas las obras de Costa.

A pesar de que Joaquín Costa era en su tiempo uno de los hombres que más conocieron la antigüedad de los pueblos hispánicos, desde que él vivió hasta ahora, por diversos medios, se ha aumentado de

forma considerabilísima el conocimiento de nuestras tierras dos milenios atrás. Su imaginación nos describió cosas y hechos que supone en nuestros campos quince siglos o dos milenios antes; y poco a poco, más o menos exactamente, a medida que vamos avanzando en conocimientos, nos asombramos de que coincida la realidad con el supuesto de Joaquín Costa. Era, en cierta forma, un seguro adivino de la antigüedad. Parecía que a través de las generaciones había conservado la reminiscencia de lo que vieron y sabían sus antecesores gentiles. Una débil memoria que ha fluido durante dos milenios a través de la sangre de su linaje.

RODRIGO PITA MERCÉ